

**UN NUEVO MODELO:  
MAS ALLA DEL NEOLIBERALISMO  
Y DEL POPULISMO**

Intervención del Sr. Carlos OMINAMI  
en encuentro con economistas convocado  
por las Comisiones Económicas del P.P.D. y el P.S.  
en el Salón de Honor del Ex-Congreso Nacional  
Ministerio de Relaciones Exteriores

*Santiago, 10 de noviembre de 1992*

## UN NUEVO MODELO: MAS ALLA DEL NEOLIBERALISMO Y DEL POPULISMO

Es este un cuadro particularmente apropiado para precisar los alcances y sobre todo las razones de fondo de las orientaciones que, a nuestro juicio, debieran guiar el desarrollo futuro de la economía nacional.

Más que realizar una intervención de tipo programático, quisiera en esta oportunidad insistir en algunos aspectos de tipo doctrinario, porque me parece que estamos en un momento de nuestro desarrollo y de nuestro proceso político en el cual es fundamental argumentar con mucha claridad, sin ambigüedades ni medias tintas en los conceptos que se utilizan.

### **Una transición exitosa, pero...**

Contrariamente a muchos pronósticos, la transición a la democracia ha sido exitosa en el terreno económico. Los vaticinios catastróficos no sólo no se cumplieron sino que este Gobierno pasará a la historia como aquel que logró la más alta tasa de crecimiento promedio para el conjunto de su período de gestión. Ningún otro Gobierno puede, en realidad, exhibir una tasa media anual de crecimiento del P.G.B. del orden del 5.5% como la que creo se alcanzara durante el período 1990-93. Recordemos que el promedio para el régimen militar es sólo del orden de la mitad del que habrá logrado el primer Gobierno democrático.

El frente económico, que se suponía iba a ser uno de los puntos débiles de la transición ha terminado realizando una importante contribución a su éxito. Para ello, el factor clave ha sido un trabajo muy intenso para abrir perspectivas allí donde unos vaticinaban lo peor y, otros, incluso en las propias filas de la concertación, continuaban acariciando ilusiones populistas.

Si los pronósticos o recetas de unos u otros se hubiesen impuesto, qué distinta sería la situación actual. No estaríamos discutiendo de cómo entrar al Siglo XXI, de la posibilidad de transformarnos en país desarrollado en un plazo razonable o de erradicar en el curso de esta década la extrema pobreza. Estaríamos, por el contrario, discutiendo de cómo abatir el flagelo de la inflación, de programas de emergencia para enfrentar el desempleo o de cómo cerrar la brecha de las cuentas fiscales. Es decir, estaríamos discutiendo bajo el apremio de graves urgencias, sin la más mínima posibilidad de proyectarnos hacia el futuro con todas las gravísimas consecuencias que ello habría tenido sobre la propia convivencia democrática.

Situaciones de tensionamiento de las relaciones cívico militares como la que se produjo en diciembre de 1990 habrían tenido, muy probablemente, proyecciones bien distintas si hubiesen intervenido en un contexto de polarización y desestabilización económica.

Ha sido naturalmente muy estimulante para mí haber podido desempeñarme como Ministro de Economía durante los primeros dos años y medio de Gobierno democrático. Más allá de cualquier gratificación personal, siento que hemos contribuido a reconciliar nuestro mundo con el rigor económico, la disciplina fiscal, los consensos, la creatividad laboral y el talento empresarial. Sobre todo, lo que se ha valorado en nuestra gestión ha sido la claridad. Es éste un activo que debemos a toda costa, preservar. En este espíritu me propongo intervenir hoy día.

Con todo, pienso que se cometería un grave error si se cayera en una visión puramente autocomplaciente de los buenos resultados hasta ahora logrados por la economía chilena. Ellos tienen sí el gran mérito de permitir plantearnos, con seriedad, metas más ambiciosas cuyo centro debe ser el combate frontal a la pobreza. Porque, digámoslo con franqueza, hay todavía muchos miles de chilenos, en realidad varios millones de compatriotas, que todavía no ven entrar a sus casas nuestros éxitos macro-económicos.

Chilenos y chilenas pobres que ya sea en las grandes ciudades o en las localidades más apartadas, esperan todavía con una tremenda y emocionante paciencia su oportunidad para incorporarse, también ellos, al progreso y la modernidad.

Este es, sin duda alguna, el principal desafío que tenemos por delante. Ningún éxito podrá considerarse definitivo mientras la vergüenza de la pobreza esté allí a la vuelta de tantas esquinas. Decididamente, no podremos considerarnos país moderno mientras tantos compatriotas continúen hundidos en la miseria y el atraso.

Sin embargo, lo importante no es hablar simplemente de los pobres. La aplastante mayoría del país, la izquierda y el centro y también la derecha -¿por que no?- quisieran poner fin a la pobreza. De esta forma, lo que en definitiva cuenta es la calidad de las políticas que se proponen para enfrentarla. Los pobres no necesitan discursos sino acciones prácticas que les permitan salir de su condición de tales; y menos aún necesitan de demagogos que pueden sí causar mucho daño con su prédica de la solución fácil, pero que con sus recetas ni un solo pobre podrá dejar de serlo.

## **El mundo: una enorme posibilidad**

Creo firmemente que las acciones coherentes para enfrentar la pobreza sólo pueden desarrollarse y prosperar en el cuadro de una estrategia cuyos componentes básicos y simultáneos son: la apertura al mundo, el funcionamiento transparente de los mecanismos de mercado, la responsabilidad pública en el plano de lo social y del fomento tecnológico y productivo y la modernización de las relaciones laborales en un cuadro de amplia concertación social.

En suma, estamos hablando de una estrategia que supere el neoliberalismo heredado del régimen anterior sin por ello hacer la más mínima concesión al populismo y al falso progresismo prisionero de las viejas recetas estatistas y proteccionistas.

La apertura al mundo es una condición crucial, sobre todo para un país pequeño como el nuestro que no tienen ninguna posibilidad de dinamizar su desarrollo a partir de su estrecho mercado interno. Esta verdad, grande como una catedral, es a menudo cuestionada, desde los

más diversos lugares del espectro político cada vez que un determinado sector de actividad se enfrenta a una situación difícil. Una cosa de la cual puedo dar cuenta con mucha propiedad, dada mi condición de ex Ministro de Economía, es la recurrencia de las presiones proteccionistas y las extrañas coincidencias que en este plano se pueden dar entre sectores de derecha, de centro o de extrema izquierda.

A todos ellos digámosles claramente que Chile debe no sólo consolidar su apertura, sino que profundizarla porque es en nuestra capacidad de competir en los grandes mercados externos y no en la protección de nuestro escuálido mercado interno en donde se juega la suerte, favorable o desfavorable, de muchos de nuestros pobres. El proteccionismo puede servir los intereses de algunos sectores empresariales y también obreros, pero es altamente perjudicial para la mayoría de los trabajadores y para los pobres que tan poco tienen que proteger.

En un mundo que tiende inexorablemente a la globalización, es fundamental que los distintos sectores se pronuncien con precisión sobre esta materia. Lo peor que nos podría ocurrir sería la institucionalización de las contradicciones tan típicas de buena parte de la derecha que al mismo tiempo que habla de apertura, se opone a la integración y predica sibilinamente el proteccionismo en los medios agrarios. O el discurso, falsamente progresista de algunos, que para ganarse la simpatía de ciertos sectores de trabajadores sostienen posiciones de tipo proteccionista, que en los hechos atentan en contra de los intereses de la mayoría laboral.

Lo anterior no implica bajo ningún concepto renunciar a evitar las distorsiones o la competencia desleal. Pero ello no tiene nada que ver con una protección de la ineficiencia que pone en juego la proyección de nuestras actividades más dinámicas, todas ellas ampliamente volcadas a la exportación. Porque, es fácil decir protejamos tal o cual sector que pasa por una situación difícil. El problema es que por esa vía se puede llegar a un punto en donde se hagan inevitables represalias que afectarán directamente a nuestros trabajadores de las minas, del mar, del campo o de los bosques.

Una inserción internacional activa es una tremenda palanca de desarrollo. El repliegue interno es, por el contrario, garantía segura de mediocridad y subdesarrollo. Para lograr una buena inserción internacional es fundamental hacer confluír las energías de todos, trabajadores y empresarios, sector privado y Estado.

La competencia internacional es demasiado difícil para pretender insertarnos convenientemente excluyendo esfuerzos, o estableciendo antagonismos artificiales o simplemente inútiles.

## **Límites y posibilidades del mercado**

Una segunda condición de una estrategia exitosa es lograr un funcionamiento transparente de los mercados en los sectores productivo y financiero. No obstante, el estrepitoso fracaso de la planificación centralizada hay todavía quienes, desde muy diversas ubicaciones políticas o ideológicas, cuestionan la eficacia de los mecanismos de mercado.

No cabe duda que los mecanismos de mercado adolecen de muchas limitaciones; son miopes en muchos terrenos en particular en lo relativo a grandes opciones estratégicas. Asimismo, al procesar sólo demandas solventes dejan de lado muchas necesidades de la gente. Todo esto es

evidente. Pero ¿debemos empeñarnos en sustituirlos por planificadores centrales que terminan adoptando decisiones terriblemente ineficientes? ¿o debemos más bien concentrar nuestros esfuerzos para solventar necesidades que puedan expresarse con fuerza en los mercados?

Quiero decir que me inclino claramente por esta última opción. Con todas sus imperfecciones, el mercado es como la democracia, limitado pero superior a cualquier otro mecanismo alternativo de asignación de recursos en el plano productivo o financiero.

Existe en nuestro país, de manera relativamente extendida, una lamentable confusión entre economía de mercado y economía neo-liberal. Se confunde así una variante absolutamente extrema e incluso absurda de la economía de mercado con un instrumento que puede ser muy útil en el cuadro de otras estrategias.

Esta confusión es explicable por razones históricas pero no es aceptable que quienes, veladamente profesan posturas estatistas, se valgan de las justificadas críticas al neo-liberalismo para emprenderlas en contra del mercado, un instrumento útil.

Con razón, se dice en estos días que los resultados de la elección norteamericana marcaron probablemente el final de una cierta hegemonía neo-liberal. Pero, seamos razonables. Lo que emergerá será no una economía planificada ni nada que se le parezca, sino una economía de mercado en la cual el Estado asumirá roles más activos en diversos planos.

En definitiva, suponer que un puñado de planificadores centrales pueden determinar correctamente lo que conviene producir es atentar en contra de la inteligencia y la libertad de las personas. Quienes así procedieron en otras latitudes terminaron ejerciendo, junto a la dictadura política, una verdadera dictadura sobre las necesidades de las personas. Ese sistema, esas dictaduras, se desmoronaron en el mundo y no tiene mucho sentido andar recogiendo algunos de sus ladrillos a ver si todavía pueden ayudar a construir nuevos muros.

Igualmente inconveniente es la creencia de que existen soluciones privadas a todos los problemas públicos; que el mercado puede hacerse cargo de las necesidades de los pobres; que el Estado debe reducirse a su más mínima expresión para que el mercado pueda así desplegar talentos que objetivamente no tiene.

Con la misma fuerza con que es necesario afirmar la superioridad del mercado como mecanismo de asignación de recursos en el campo productivo y financiero hay que decir que la solución a las carencias sociales más acuciantes pasa por el compromiso del Estado y la aplicación de políticas públicas eficientes.

¿Cuanto habría que esperar para que el mercado o el sector privado puedan aportar respuestas contundentes a las necesidades de salud de los más pobres? ¿tiene en realidad sentido pedirle al mercado o a los privados que asuman esta responsabilidad? ¿puede el Estado endosarle a otros algo que forma parte de una responsabilidad indelegable?

La respuesta adecuada a esas interrogantes y muchas otras que pudieran formularse apunta a la superación del neo-liberalismo y de este verdadero nuevo totalitarismo del mercado que él encarna. Digámoslo claramente: no hay, en plazos ética y políticamente aceptables, soluciones de mercado a los problemas de salud, educación o capacitación que presentan los millones de pobres que existen en el país.

## La reforma del Estado

Tenemos en este campo un enorme esfuerzo todavía por realizar. Queda mucho por avanzar en materia de focalización de modo de concentrar el gasto fiscal en quienes más lo necesitan que no son forzosamente quienes más gritan.

Es preciso mejorar la calidad de las intervenciones públicas. Éstas deben ser oportunas y eficientes. Los métodos de gestión de la administración pública deben ser también profundamente revisados. Otro tanto debe ocurrir con la propia estructura del sector público.

Decididamente, ella no está a tono con los tiempos que se viven. Falta más capacidad profesional en muchos Ministerios. Falta una racionalización de su número y atribuciones. A ello obedece la propuesta de reorganizar la administración en torno a un número sustancialmente menor de ministerios. Ello permitiría mejorar sustancialmente la toma de decisiones y eliminar muchas superposiciones o áreas grises en materia de competencias.

En definitiva, es necesario impulsar un amplio proceso de reforma del Estado que mejore también los incentivos al personal que en él se desempeña. Que se introduzcan criterios de eficiencia, productividad y mérito, porque no puede ser posible que sólo la antigüedad cuente como criterio de promoción.

Pienso que el actual Gobierno haría una contribución muy significativa si se comprometiera a sacar adelante en lo que resta de su mandato una reforma de esta naturaleza, de modo que el Gobierno que se instale en marzo de 1994 pueda entrar directamente a aplicarla. De otro modo, dadas las dificultades para definir y aplicar simultáneamente una reforma de esta amplitud, mucho me temo que continuemos en los próximos años denunciando las limitaciones e incoherencias de la administración pública, sin avanzar mucho en su solución.

La reforma del Estado, una de las grandes modernizaciones pendientes, es condición indispensable para hacer realidad los objetivos de integración social y ampliación de la base productiva.

Un Estado ágil y eficiente, es el que el país requiere para sacarle el máximo rendimiento a los recursos que se destinan a la lucha en contra de la extrema pobreza. Evidentemente, en la medida en que sea posible, el gasto social debe ir aumentando como proporción del gasto total, pero simultáneamente es fundamental redoblar esfuerzos para mejorar su productividad.

En este plano, la orientación básica debe consistir en pasar progresivamente desde un gasto social esencialmente asistencial a uno de tipo más productivo, que procure dotar a los pobres de los instrumentos necesarios para superar definitivamente su condición.

Prácticamente, la totalidad de las experiencias de desarrollo exitosas, han contado con aparatos públicos que han jugado de manera activa un papel promotor y facilitador de la innovación y la ampliación de la base productiva.

Un Estado así concebido no es uno inhibitorio de la iniciativa de los privados. Muy por el contrario, de lo que se trata no es sólo de consentirla como algo inevitable sino que de estimularla, potenciarla y extenderla para que el mayor número pueda desplegar sus capacidades.

Suponer que la libre iniciativa de los privados es algo de derecha y la acción estatal de izquierda, es alimentar un tremendo malentendido histórico. Tanto una como otra y quizás más la acción pública que la privada pueden ser utilizadas para fines completamente negativos.

En realidad, se incurre en un tremendo error cuando se piensa que la expansión de la iniciativa de los privados opera en sentido contrario del progreso y resta espacios al desenvolvimiento del sector público.

Digámoslo claramente: son demasiadas las demandas que se ejercen sobre el sector público; son demasiadas las carencias que éste debe enfrentar; son demasiados los problemas que éste debe solucionar. En consecuencia, todo lo que signifique liberar al Estado, a través de una mayor responsabilidad de los privados, de su función en áreas bien determinadas, ayuda a concentrar energías y recursos en áreas particularmente críticas como la lucha en contra de la pobreza.

Asimismo, es preciso advertir sobre el hecho que la transferencia de responsabilidades a los privados es, a menudo, una vía adecuada para hacer frente a una tendencia bastante extendida en nuestro país a la privatización de las decisiones públicas. ¿cuantas obras públicas, financiadas con dinero de todos los contribuyentes han sido construidas con objetivos más bien privados? ¿no sería más progresista que los privados asumieran directamente el costo de realizar obras que los favorecen directamente y no se lo endosen al Estado? Esto es algo elemental que desgraciadamente escapa a la comprensión del falso progresismo que, de manera mecánica e irreflexiva, asume que todo aquello que es público es, por definición, más conveniente.

Pero, es igualmente peligrosa la obsesión de nuestros neo-liberales con el desmantelamiento progresivo del aparato público. Ello parece estar mucho más motivado por una inaceptable voluntad de privar al Estado de las capacidades mínimas de regulación que por un imperativo de mayor eficiencia. De hecho, mientras mayor sea la transferencia de responsabilidades a los privados, mayores son también las capacidades de regulación que debe reunir el sector público para evitar el imperio de la ley de la selva y salvaguardar el interés de las mayorías.

Más aún, en un país como el nuestro que debe abrirse paso en mercados internacionales altamente competitivos, soy partidario de un Estado que trabaje estrechamente articulado con los privados abriendo espacios, promoviendo iniciativas, señalando posibilidades. Este Estado que mediante la concertación de voluntades y no la sustitución de la iniciativa de los privados, permite saltar con prontitud sobre las oportunidades productivas que se abren, no es el Estado subsidiario del neo-liberalismo, el cual por su pasividad puede terminar haciendo que el país llegue a ellas permanentemente atrasado.

Repitámoslo. No se trata que el Estado identifique por sí y ante sí sectores ganadores en los cuales concentrar recursos. La idea es muy distinta. De lo que se trata es de tener un Estado que se plantee esta necesidad y haga posible, mediante diversos estímulos- programas de capacitación, infraestructura, desarrollo tecnológico, etc. Que los privados aprovechen las nuevas oportunidades.

Un Estado de este tipo, requiere mantener un control mayoritario sobre esa gran empresa que es CODELCO, puesto que no puede ni debe privarse de esa importante fuente de ingresos permanentes. Pero, el rechazo a la privatización de CODELCO no puede conducir al inmovilismo.

Fue evidentemente un avance la promulgación de la ley que le permite a CODELCO asociarse con privados para la explotación de nuevas pertenencias mineras porque, la política del perro del hortelano que se estaba practicando era absolutamente inadecuada.

Pero eso no basta. Las actuales divisiones de CODELCO tienen enormes necesidades de inversión tanto para mejorar su productividad como para solucionar graves problemas de contaminación. Y ocurre que el Estado no está en condiciones de proveer, por razones de equilibrio fiscal, todos esos recursos. En ese cuadro, uno se pregunta ¿es progresista mantener la situación actual?

Considero muy grave para el país que proyectos con altísima rentabilidad finalmente no se lleven a cabo por falta de recursos en consecuencia que existe, por ejemplo, un gran volumen de recursos previsionales que podrían jugar un rol muy importante en el financiamiento de CODELCO. Se trata, en síntesis, de poner la imaginación al servicio de las grandes causas.

## **La nueva competitividad**

Otro de los grandes desafíos para los años 90 es avanzar hacia nuevas formas de competitividad en las empresas chilenas. Durante los años 70 y 80, ésta se fundamentó en recursos naturales y mano de obra abundante y barata, a los que se añadió un tipo de cambio real creciente.

Por diversas causas estructurales, estas condiciones primarias de la competitividad no se pueden sostener en el tiempo. Por un lado, existe consenso de que el tipo de cambio real no crecerá como lo hizo en los años ochenta. Por otro lado, en condiciones de fuerte caída de los niveles de desempleo, los mercados de trabajo empujan los salarios reales hacia arriba. Asimismo, tampoco es posible continuar con un tipo de explotación extensiva y a veces francamente irracional de nuestros recursos naturales.

Estos factores determinan que en forma progresiva e inevitable, el sistema productivo chileno deberá avanzar hacia formas más avanzadas de competitividad, ya no asentadas en salarios bajos y recursos naturales baratos, sino en incrementos permanentes de la productividad. Por ello son fundamentales el aumento sostenido de la tasa de inversión, la adopción de nuevas tecnologías, la innovación organizacional, y la existencia de una fuerza de trabajo cada vez más calificada y comprometida con su labor.

Esto supone enormes transformaciones a nivel de las empresas, porque la competitividad no se aumenta sólo introduciendo más y mejores máquinas, sino también avanzando hacia nuevos estilos de gestión empresarial. Así, aquellas empresas que persistan en una gestión autoritaria y en una organización taylorista del trabajo, no podrán sostener su competitividad en el largo plazo y se expondrán a fuertes conflictos sociales.

Por el contrario, aquellas empresas que avancen hacia una gestión más participativa y una organización del trabajo más flexible, aquellas empresas que acepten sindicatos y amplíen los espacios de negociación, serán las que construyan las bases de una competitividad que podrá sostenerse y mejorar con el tiempo.

Aunque falta todavía mucho por avanzar, estimula constatar la existencia de un número creciente de empresarios que están tomando conciencia de este desafío y han introducido



cambios. Por ejemplo, muchas empresas se están tomando en serio el desafío de la llamada "calidad total", que precisamente se fundamenta en la superación del estilo autoritario y rígido de gestión de las empresas. Esta situación contrasta fuertemente con la actitud de aquellos malos empresarios que desconocen derechos elementales de los trabajadores, y burlan la ley amparándose en la insuficiente fiscalización por parte del sector público.

Por su parte, el sindicalismo está obligado a asumir que sólo adoptando una posición moderna y avanzada en esta materia, podrá representar efectivamente a sus bases y ganar grados crecientes de autonomía y protagonismo social.

Por ello es que una piedra angular de nuestra propuesta de estrategia de desarrollo deberá ser el fomento de un nuevo estilo de modernización no autoritario, participativo, y por tanto muy diferente al que prevaleció en los años ochenta. Esto abre la posibilidad histórica de que en nuestro país surja un nuevo tipo de empresa, donde se logren combinar equidad con eficiencia, la productividad con empleos de mayor calidad y salarios más elevados, creando así las condiciones de un compromiso duradero entre empresarios y trabajadores, mutuamente beneficioso para ambas partes.

La empresa es el lugar donde se produce la riqueza. Es por ello que la gran transformación se juega en su interior y depende de trabajadores y empresarios, quienes deberán superar una cultura histórica de confrontaciones y desconfianzas.

## **La perseverancia del esfuerzo**

Nada de esto es fácil. Que duda cabe. El intento del socialismo totalitario de avanzar por el atajo histórico que se suponía le abrían la planificación centralizada y la economía de guerra culminó en un dramático fracaso. Pasaran muchos años antes de que varios de esos países puedan construir economías de mercado que respondan mínimamente a las legítimas y tan postergadas expectativas de sus pueblos. Frente a esa tremenda evidencia, resultan bastante absurdos los planteamientos de algunos que, aquí en Chile, al parecer, quisieran transitar en sentido inverso.

Todo proceso de desarrollo requiere de una infinita perseverancia. Las principales orientaciones estratégicas deben ser mantenidas por períodos prolongados de tiempo. No hay países que hayan podido desarrollarse sobre la base de cambios bruscos y permanentes. No hay solución de fondo a ningún problema social importante sin alto crecimiento, elevados niveles de inversión y combate implacable a la inflación.

La necesidad de garantizar equilibrios macro-económicos sólidos, por favor, no es un invento de la derecha. Ninguna economía puede desenvolverse adecuadamente en un cuadro de fuertes déficit fiscales o externos. Las formas a través de las cuales lograr los grandes equilibrios pueden eso sí variar de manera sustancial, desde modalidades que buscan preservar el gasto social y los ingresos de los trabajadores a otras francamente reaccionarias como aquellas que en el pasado condujeron a un enorme agravamiento del déficit habitacional, el deterioro educacional y la grave crisis del sistema público de salud.

La persistencia del esfuerzo requiere de una preocupación permanente por la ampliación de los canales de participación. Solo en este cuadro es posible legitimar las necesarias prioridades. La ausencia de participación atenta contra la dignidad de las personas y hace imposible la legitimización social de determinadas metas. En la economía de restricciones en la cual vivimos, solo se pueden validar socialmente las necesarias prioridades y garantizar así su estabilidad en el tiempo, asociando a los diferentes actores a su determinación. Esa es también la condición para, en un cuadro democrático, garantizar una conducción rigurosa y responsable de la economía.

El haber sido capaces de compatibilizar crecimiento con democracia abriendo un camino de solución a los problemas sociales más urgentes nos permite, en la actualidad, plantearnos metas más ambiciosas.

Existe hoy día la posibilidad de superar definitivamente el neo-liberalismo heredado del régimen anterior, sustituyéndolo por un modelo de crecimiento con equidad.

La construcción de un modelo de este tipo implica reconocer la incompetencia de los mecanismos de mercado para resolver carencias sociales ampliamente extendidas y urgentes, pero que no representan una demanda solvente. Implica, en consecuencia, una voluntad deliberada de romper con la teoría del "chorreo", de equilibrar las relaciones laborales y de proteger nuestros recursos naturales y el medio ambiente.

De igual forma, la alternativa de crecimiento con equidad discrepa radicalmente del populismo y del falso progresismo toda vez que asume los límites de los procesos puramente redistributivos y postula la imposibilidad de aportar una solución durable, de fondo, a los problemas sociales, si no se asegura, por la vía de una elevación significativa de la tasa de inversión, un crecimiento alto y sostenido.

*Amigas y amigos: en muchos sectores, se reconoce hoy día la existencia de una gran oportunidad histórica. Estoy firmemente convencido que esa oportunidad histórica existe, pero es doble. La tiene el país para avanzar resueltamente hacia su desarrollo y la erradicación de la pobreza. Y también la tenemos nosotros, este mundo que luego de tanto dolor comienza a recuperar, frente a la sociedad, su derecho a ser gobierno, condición indispensable para construir una opción efectiva.*